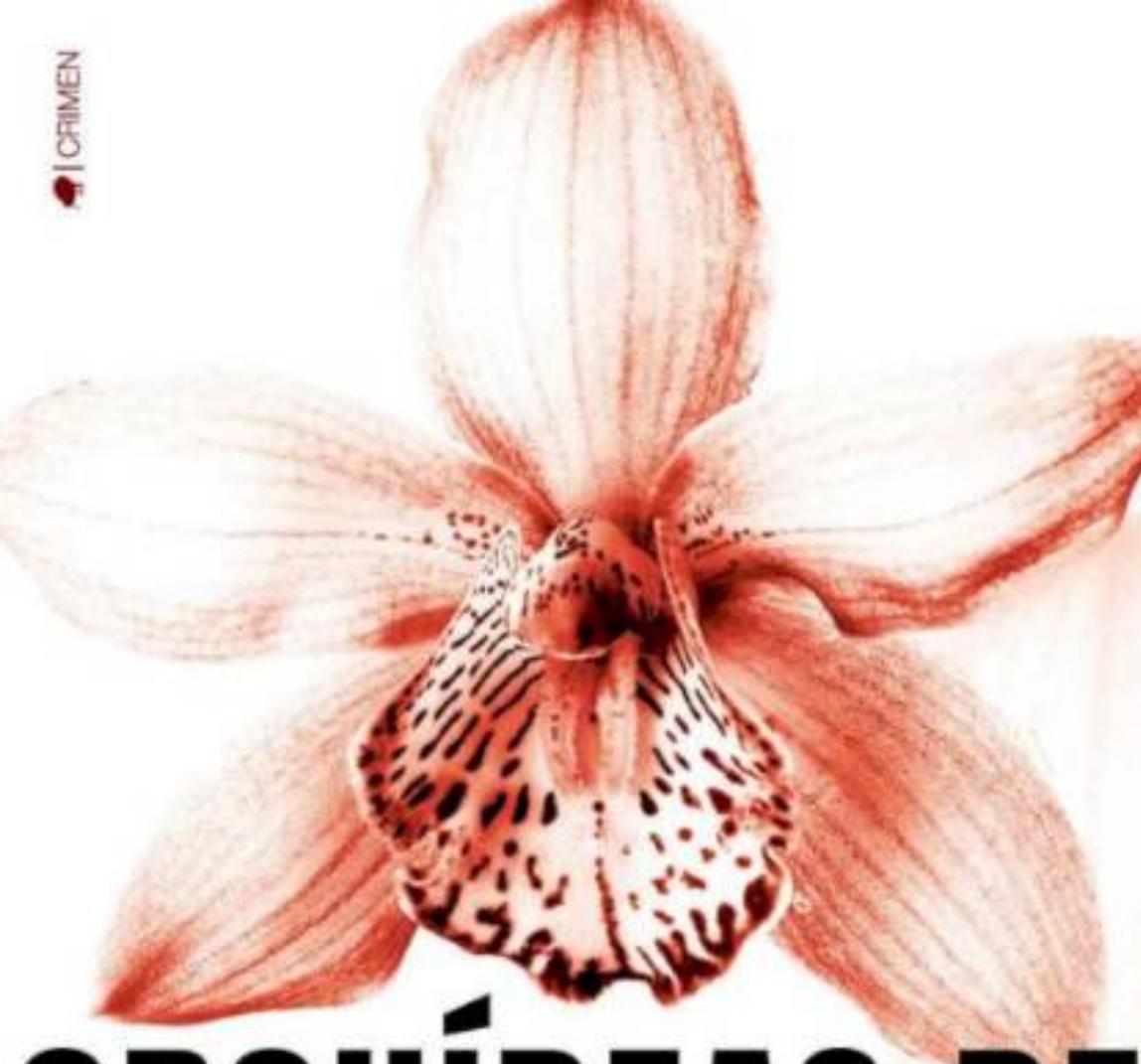


CRIMEN



ORQUÍDEAS DE
SANGRE
TOBY NEAL

Créditos

EDICIONES KIWÍ, 2015

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.

© 2015 Toby Neal

© Traducción: Natalia Navarro Díaz

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: Thinkstockphotos

© Ediciones Kiwi S.L.

No se permite la reproducción total o parcial, así como la modificación de este libro por cualquier medio mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Proverbios 14:12:

Hay camino que al hombre (a la mujer) le parece derecho;

Pero su fin es camino de muerte.

1

Morir ahogado no tiene nada de agradable, ni siquiera en el paraíso. La chica tenía la cara hinchada por el agua y mordisqueada por la fauna silvestre. Yacía medio tumbada en el fango limoso, desnuda, como si del cadáver de una foca se tratase. El pelo, que parecía rubio, la envolvía como si fuera un puñado de algas y tenía un coletero brillante a un lado de la cabeza.

Leilani Texeira puso una mueca por el olor acre y se adentró en el barro, hundiendo sus brillantes zapatos reglamentarios en él. Se acuclilló para inspeccionar el cuerpo. Después de tres años trabajando en Hawái había visto muchos cuerpos ahogados y ya había aprendido a controlarse mientras buscaba signos de violencia. Aun así, agradeció que los ojos de la chica estuvieran cerrados.

Su compañero Pono estaba comunicando el descubrimiento por la radio y su voz le llegaba como un leve zumbido entremezclado con la estática. Se apoyó en las piernas y examinó la descuidada zona del pequeño parque. En la orilla del río había unos arbustos de turbinto enredados y otros hierbajos. La luz del sol apenas se filtraba por una capa de nubes mientras observaba lo que parecía una cáscara de coco meciéndose a unos cuantos metros. Miró a su alrededor, pero no vio ninguna palmera cerca del río.

Se remangó las perneras de los pantalones y se adentró en el agua turbia. Estaba tibia como la sangre y en la superficie flotaban algas amarillentas.

—¡Eh! —le gritó Pono—, ¿qué narices estás haciendo?

—He encontrado a otra —le respondió.

El agua le llegaba a los muslos. Si seguía así tendría que darse la vuelta para quitarse el enorme cinturón del uniforme. Se acercó al cuerpo, que flotaba bocabajo. Mujer, menuda, piel oscura y desnuda; redactó el informe mentalmente. Extendió la porra y dio un golpecito al cadáver, como si temiera que pasara algo si lo tocaba. Tenía la carne dura, todavía estaba en la fase del rigor mortis. Estas chicas no llevaban mucho tiempo muertas.

—Que se encarguen los de la policía científica. Ya sabes que no puedes tocar el cuerpo, no quiero que vuelvas a meterte en problemas. —Lei ignoró sus palabras. Tenía una intuición que era incapaz de expresar en voz alta.

Algo en el cuerpo le resultaba familiar.

Tomó un mechón de pelo oscuro y tiró con suavidad. Tenía algo de elasticidad y la cabeza se movió un poco por el tirón. Arrastró el cuerpo a la orilla, como si estuviera efectuando un rescate. Retrocedió hasta la parte menos profunda y, tirando del hombro, le dio la vuelta a la chica. La joven morena aterrizó sobre su espalda al lado de la rubia.

Lei exhaló un suspiro y se mordió el labio. La bilis le subió a la garganta.

Esta vez los ojos de la chica estaban abiertos y los reconoció.

Haunani no sé qué, una adolescente de dieciséis años a quien conocía por un altercado que tuvo con ella. La había arrestado en el instituto por posesión de drogas una semana antes. Sus ojos, antes marrones, estaban empañados y tenía la boca llena de agua. El rigor mortis mantenía sus brazos levantados formando un ángulo. Haunani parecía estar pidiendo ayuda por señas, un movimiento que perma-

necería congelado para siempre.

Lei oyó unas sirenas en la distancia. Se levantó del barro tambaleándose y se dirigió a la hierba, al lado de Pono. Se le revolvió el estómago. Aspiró aire por la nariz y lo soltó por la boca al tiempo que tocaba la pequeña concha que guardaba en el bolsillo.

—La conozco. La conozco.

—¿*Quiené?* —Cuando estaba nervioso, Pono utilizaba el pidgin, un dialecto hawaiano. Se rascó el bigote con un dedo y Lei supuso que quería un cigarro.

—¿Te acuerdas de la redada que hubo en el instituto hace un par de semanas? Se llama Haunani Pohakoá.

Al pensar en el apellido se acordó de las caderas ladeadas de la chica y su cabello largo y brillante. Haunani siempre se había preocupado por su pelo y lo movía de un lado a otro como si de la cola de un caballo espantando moscas se tratase. A Lei se le contrajo el corazón y trató de no pensar en sus suaves mechones mojados. Recordaba la actitud bravucona que Haunani empleaba como escudo, un escudo del que también ella se valía. Nada más conocerla sintió una conexión con ella.

Se restregó las manos en el uniforme mojado.

—Ojalá las hubiera *encontrao* otro —murmuró Pono. Contrajo sus voluminosos brazos tatuados para colocarse las gafas de espejo Oakleys en la cabeza rapada—. ¿Por qué tenemos que encontrarnos esto cuando estamos investigando un caso de vandalismo? No vamos a acabar nunca con el papeleo.

Lei no respondió. Llevaba suficiente tiempo de compañera con Pono para saber lo que odiaba tener que lidiar con cadáveres; era un poco supersticioso desde que nació

su hija dos años antes. Por suerte no se habían encontrado con muchos en Hilo.

Las sirenas los alertaron de la llegada de refuerzos. Lei levantó la vista y vio al nuevo detective de Los Ángeles, Michael Stevens, dirigiéndose hacia ellos a grandes zancadas con un hombre alto y ágil. Era su compañero asiático, Jeremy Ito, que le seguía los pasos. Los había visto por la comisaría, pero nunca había trabajado con ellos.

Unos ojos azules la escrutaron brevemente bajo unas cejas negras mientras Stevens examinaba el lugar y los cuerpos con las manos en las caderas. Ito imitó la postura de su compañero.

—¿Qué tenemos? —preguntó Stevens con un tono serio.

—Recibimos una llamada denunciando un acto de vandalismo. Alguien ha destrozado y pintarrajeado el baño. —Pono señaló el sombrío bloque lleno de grafitis que había al lado de donde tenían aparcado su Crown Victoria—. Examinamos el estanque y encontramos primero a la rubia. Después Lei vio a la otra flotando.

Ito y Stevens se volvieron para mirar a Lei, incrédulos. La joven sintió que le ardían las mejillas y temió que la ropa mojada y los zapatos sucios causarían una mala impresión. Le extendió una mano a Stevens.

—Lei Teixeira. Le he visto por la comisaría.

El detective le tomó la mano y se la estrechó.

—Michael Stevens. Imagino que sabe que no debería haber movido el cuerpo. Hay que esperar a la policía científica para que haga las fotografías y todo eso.

—Pensé que podría estar ahogándose. —Le cosquilleó la nuca tras soltar tal mentira.

—¿Con la otra muerta aquí mismo? —La suave voz de Ito tenía un tono duro. La miraba con los ojos entrecerrados.

—Lo lamento. Me pareció mal dejarla ahí. —Eso estaba más cerca de la verdad, aunque seguía sin expresar la necesidad que había sentido de llegar hasta el cuerpo de la chica, darle la vuelta y ver su cara.

—Lo hecho, hecho está. —Stevens se puso en cuclillas y se inclinó sobre el barro para ver mejor—. El médico forense está de camino. ¿Por qué no acordonan esto antes de que nadie más cambie nada?

—Sabemos quién es la morena —señaló Pono—. Lei la arrestó por posesión de marihuana en el instituto hace unos días.

—¿Ah, sí?

—Sí. Estaba en el instituto Hilo High. Haunani Pohakoa.

Lei cerró los ojos al recordar la luz del sol en su oscura melena brillante, pero al hacerlo vio los rostros de las chicas ahogadas y, en medio, el suyo: los ojos almendrados cerrados, la boca abierta, la piel olivácea tan pálida que las pecas de la nariz resaltaban como si fueran salpicaduras de pintura.

Retrocedió y se tambaleó un poco en la hierba.

Ito frunció el entrecejo. Ambos detectives la estaban mirando y Pono le ofreció el brazo como apoyo.

—Vamos a poner la cinta de acordonamiento —le dijo. Ella lo siguió hasta el coche, chapoteando.

—Espero que incluya en su informe los detalles de por qué conoce a la víctima —indicó Stevens cuando la camioneta del forense y el automóvil del comisario se detu-

vieron. El lúgubre lugar se llenó del caos propio de ese tipo de casos.

Tras peinar hasta el último centímetro de orilla del pequeño estanque, el comisario Ohale ordenó a todos los oficiales que peinaran el lugar en busca de la escena del crimen. Lei y Pono se separaron del resto.

Pono iba detrás de su compañera, examinando el suelo. Lei daba un trago a una botella de agua que un policía científico le había dado. La adrenalina inicial por el descubrimiento se había evaporado y la había dejado temblorosa y exhausta, pero la seguía guiando la misma intuición que la había llevado a meterse en el agua y recuperar el cuerpo.

Le molestaba el uniforme mojado y el cinturón se le enganchaba en las ramas mientras buscaba alguna presencia humana. En él llevaba la radio, el arma, las esposas, un aerosol de pimienta, munición, las bolsas para las pruebas y algunas cosas más. Los pelos, firmemente recogidos en una coleta, se le habían encrespado por la humedad. Se limpió el sudor que le caía por la frente, aliviada de que el malestar le sirviera de distracción.

Una vez fuera de las inmediaciones del lugar, avanzaron lentamente por el río; los altos arbustos de turbinto les obstaculizaban el paso. Las especies invasivas provenientes de Brasil se habían convertido en un problema debido a lo rápido que crecían y se extendían. Los lustrosos arbustos de hojas oscuras salpicados de bayas cubrían por completo kilómetros de espacio abierto y casi hasta invadían el río.

Un cartel de una inmobiliaria señalizaba el final del parque y en la carretera cercana había dos coches abandonados llenos de basura: un Jeep herrumbroso y un Pontiac

destrozado.

—Deberíamos acordonar también los coches abandonados para que los retiren. —Pono, siempre tan meticuloso, sacó su cuaderno con pegatinas naranjas.

—Odio que la gente abandone los coches por aquí. —Lei se adelantó hasta el primer vehículo pisando sobre las masas de hierba del terreno cenagoso—. Pero tampoco ayuda que no tengamos instalaciones de reciclaje en la isla. En fin, acordónalos, yo voy a seguir mirando.

Pono anotó la descripción del Pontiac mientras ella caminaba por entre la hierba, con el rugido del agua como sonido de fondo. Descubrió un espacio abierto.

—Pono, parece que por aquí hay algo. Voy a echar un vistazo.

—Aquí te espero. —Se acercó para mirar el número de identificación del Jeep en el salpicadero.

Lei retomó el camino por el terreno pantanoso apartando las ramas. Al otro lado de la barrera de matorrales fluía un riachuelo al lado de un claro marcado con un anillo de fuego y una tienda de campaña improvisada con una lona atada a los arbustos.

Sobre el agua agitada asomaba una palmera cuyas hojas se mecían al son de la ligera brisa.

Algo angustió a Lei, que avanzaba para evaluar la zona con cuidado. Tal vez la causa de su preocupación fuera que la pila de latas de propano que había, las botellas de refrescos y el sucio saco de dormir confirmaban que alguien había acampado ahí no hacía mucho. Las rocas servían de punto de acceso al agua que, de no estar estas, acabaría obstruida por la hierba espesa.

Había un trapo blanco en medio de la vegetación y,

junto a él, algo brillante. Lei se agachó en las rocas y sacó los objetos del agua: una larga tira de una camiseta y un lazo irisado sujeto a una goma del pelo.

—¿Qué? —Pono apareció por entre los arbustos, murmurando mientras caminaba por el barro—, ¿algo interesante?

—Los he cogido del río. —Lei alzó el lazo—. Me sueña.

—A mí también. Es un lazo de una niña pequeña. — Pono se acercó a ella y examinó los objetos.

En la mente de Lei apareció una imagen imborrable: unos ojos azulados cerrados, una melena rubia despeinada a un lado, y al otro... una coleta con un lazo brillante.

—Dios mío, Pono. Creo que hemos encontrado la escena del crimen.

2

M—ierda, lo hemos pisoteado todo —se lamentó Pono. Cogió la radio del cinturón y habló por ella.

Lei observó la escena minuciosamente, en busca de algo que estuviera fuera de lugar. Imaginó a las chicas allí, tal vez en una fiesta, y posteriormente drogadas y atadas. ¿Violadas? ¿Conocerían a su agresor?

—Los detectives ya vienen. Quieren que nos quedemos aquí para proteger el lugar.

—De acuerdo —reaccionó Lei.

Le parecía muy raro haber encontrado la escena del crimen con tanta facilidad, es como si hubiera estado preparado. Como otras tantas veces, había sentido un hormigueo, presagio de que había encontrado algo, y su intuición la había conducido hasta ahí. Tenían que asignarle el caso, Haunani merecía justicia.

Se volvió hacia la tienda de campaña. Tendrían que clasificarlo todo como pruebas, hasta la basura y los coches abandonados. Stevens, Ito y los de la policía científica llegaron, quejándose del barro y de la cantidad de basura que habían tenido que sortear.

Lei ayudó a vaciar los coches y metió la basura en bolsas. Tenía el uniforme hecho un desastre, las perneras de los pantalones mojadas y llenas de barro y los brazos llenos de picaduras de mosquito. Llegaron refuerzos, con la ropa apropiada, con botas y un mono con cremallera, y linternas para poder trabajar de noche.

—Stevens. —Lei se dirigió al detective, que estaba inclinado sobre la hierba de la orilla con unos guantes de

látex puestos.

—¿Sí? —El detective se puso recto—. Qué raro que lo descubra todo, Texeira.

—Ha sido un golpe de suerte. Creo que debería encargarme de la investigación, detective. Quiero encontrar a quien mató a Haunani Pohakoa. —Se sorprendió al sentir que las lágrimas le caían por las mejillas y parpadeó con fuerza.

—No se ofenda, pero necesito a gente con experiencia. Estoy pidiendo a otros distritos que nos envíen a algunos de sus mejores detectives.

Lei sintió como si le hubieran dado un puñetazo.

—Ya verá lo necesitado de personal que está el distrito de Hilo. Siempre andamos preocupados por el presupuesto.

—Bueno, al menos lo intentaré.

—Hágamelo saber si puedo ayudar. Tengo la sensación de que este caso me ha elegido.

—Tiene iniciativa, lo reconozco. —Señaló su descuidado uniforme y su apariencia en general—. Trataré de buscar algo para usted.

—Fantástico. Espero que pueda servirle de ayuda. —A Lei no le importó dejar traslucir el sarcasmo en su voz. Se giró y retrocedió por entre los arbustos hasta el vehículo.

La puesta de sol bañaba de luz la superficie del río y la luna llena ascendía por entre los árboles. La orilla estaba poblada de hierba y una sola palmera asomaba con sus hojas meciéndose sobre dos chicas que flotaban en el agua. La piel clara de una contrastaba con el tono oscuro de la otra y la corriente enredaba sus cabellos.

Ajustó los colores en Photoshop y probó con tonos en

blanco y negro y sepias para después cambiar de idea. La versión final realizaba el color del cielo azul oscuro, el tono perlado de la luna y el de los rayos de sol que acariciaban los cuerpos desnudos que descansaban bocabajo. Sus dedos hacían repiquetear las llaves mientras le ponía a la foto el título «Orquídeas» y la guardaba en el disco duro, en una carpeta llena de fotos de flores.

Nunca le parecía tener suficientes fotos, por eso guardaba algunos otros recuerdos.

Cogió una anilla nueva de un llavero de metal brillante del escritorio y una bolsa de plástico. En la bolsa había dos mechones de pelo enrollados, uno rubio y el otro negro como las plumas de un cuervo. Abrió con cuidado la bolsa y echó el contenido en la mesa, separando los colores con un cepillo de una muñeca.

Cada mechón tenía exactamente treinta centímetros de largo. Saboreó el recuerdo de medir el pelo en las cabezas de las chicas dormidas, sin apenas notar el punto exacto donde sus dedos cortaban, a diez centímetros de donde el cráneo se unía al cuello.

Enrolló el mechón rubio y lo introdujo en la anilla del llavero, metiendo primero la punta, tirando para que quedara asegurado y recortando las partes sobrantes con unas tijeras quirúrgicas para que las puntas quedaran alineadas.

Se entretuvo un poco con el mechón oscuro, acariciándolo y recordando. No le había gustado tener que deshacerse de Haunani, pero cuando apareció con su amiga no pudo resistirse a tenerlas a las dos juntas. Las fotografías elevaban su arte a un nuevo nivel. De ese modo podría recordar el tiempo que pasó con ellas siempre que quisiera. Abrió el cajón y miró la otra anilla, maravillosa con un arco-